

Precios de suscripción

Salamanca, 3,50 pesetas al trimestre
Provincias, 3,75 id. id.
Portugal, 4 id. id.
Países convenidos, 5 id. id.
Número suelto, 5 céntimos.—Idem
atrasado, 10 idem.

El Fomento

DIARIO DE SALAMANCA

(NO SE PUBLICA LOS DIAS FESTIVOS)

Precios de los anuncios

Sección de preferencia, 10 cts. línea.
Segunda plana, 5 id. id.
Esquelas de defunción y comunica-
dos á precios convencionales.

Oftinas: Arroyo del Carmen, 9
Administrador: D. Ricardo Bajo y Cid

Anuncios de preferencia

Nueva Droguería, Farmacia y Laboratorio Químico

Dr. Martín y Bernardo de Dios

38, Plazuela del Teatro del Liceo, 38
SALAMANCA

Productos químicos y farmacéuticos, espe-
cialidades farmacéuticas, nacionales y extran-
jeras, perfumería, pinturas en todos colores,
tintes, brochas, pinceles y barnices.

NO MAS CALENTURAS

Las píldoras de RÍAZA de Perez Negro,
es la mejor preparación que se conoce para cu-
rar las fiebres intermitentes, ya sean tercianas,
cuartanas ó coticianas. Su crédito extraor-
dinario las hace recomendables. Caja con 80
píldoras 20 reales. Media con 40, 12 reales. De
venta en todas las farmacias de más crédito de
España. En Salamanca, D. Ignacio Santia-
go Fuentes, Plaza del Corriolo, 22, y demás
farmacias de crédito, y en Madrid, el autor
Ruda, 14, farmacia de Pérez Negro.

SE VENDE UN PIANO

de media cola, portales del Pan 3,
principal.

Elecciones de concejales

CANDIDATURA LIBERAL-CONSERVADORA

Segundo distrito

D. Sandalio Esteban.

Cuarto distrito

D. Juan José Bajo y Cid.

Consejos higiénicos

Las brisas, embalsamadas por el aroma de
las flores y el agradable calor de la temperatura,
nos anuncian que estamos en plena primavera,
al par que sentimos en nuestro organismo la be-
néfica influencia de esta estación.

Reanimándose la naturaleza al dulce influjo
de los rayos solares, despierta de su sueño in-
vernal; los animales salen de su letargo, las
plantas retoñan y se engalanan con brillantes
colores, y nuestro cuerpo, confortado por la
actividad que imprime á la sangre el oxígeno
que rebasa en el ambiente, ejecuta sus funcio-
nes con más libertad, con más vida que nunca,
y hasta el ánimo contristado olvida sus pesares
para soñar en un porvenir más risueño ó para
mirar á través de un sonrosado prisma allá en
lontananza la realización de sus más preciadas
ambiciones.

Ahora bien; para que el influjo de la prima-
vera nos sea provechoso y saludable, la higie-
ne nos prescribe algunas reglas mas sencillas,
que recomendamos á nuestros lectores.

Como el calor obliga á la tierra á abrirse en
algun modo y á producir una evaporación que
esta interceptada por el frío del invierno, por
las noches y por las mañanas, esta evaporación
se condensa á causa del descenso de la tempe-
ratura, y cae en forma de rocío.

Por esta causa la caída de la tarde en pri-
mavera es hora que no conviene para los pa-
seos; la humedad y la variación que sufre la
temperatura á medida que el sol avanza hacia su
ocaso, pueden con facilidad detener la transpi-
ración y causar una multitud de accidentes. Los
paseos deben darse, pues, entre las nueve de la
mañana y seis de la tarde, en tanto haga buen
tiempo y el calor no arrecie en medio del día.

Los niños merecen especial cuidado en esta
estación, y las madres harán muy bien en vigi-
larlos, pues las congestiones y otras afecciones
cerebrales pueden ser frecuentes si no se les mo-
dera el trabajo intelectual; la alimentación debe-
rá ser sana y nutritiva; los juegos y ejercicios
serán muy saludables al aire libre durante el
día, y los baños templados generales les son
sumamente provechosos.

Los individuos cuya constitución sea un po-
co delicada, deberán usar tambien en esta época
de los baños tibios, refrescarse por medio de
las bebidas ácidas y activar el ejercicio para fa-
vorecer la acción depurativa de los humores
que la naturaleza ejerce sabiamente por medio
de la transpiración.

La primavera es la época más adecuada para
que los enfermos se sometan á un tratamiento
curativo.

El sueño deberá durar de seis á siete horas,

y especialmente aconsejamos á las personas de
edad avanzada que no lo prolonguen más, si,
como es general, hacen una vida sedentaria.

Se ventilarán las habitaciones por las ma-
ñanas y durante el día, cuidando de que su lim-
pieza sea esmerada, para lo cual se levantarán,
cuando menos, una vez cada semana los este-
radores ó alfombrados para aljofifar los suelos;
de este modo se evitan las pulgas, chinches y
otros insectos

Resumiendo: aunque no debemos apresurar-
nos á dejar los vestidos del invierno, porque la
menor imprudencia en este punto podría oca-
sionarnos muchos males, á causa del transpor-
te de la acción vital cutánea sobre los órganos
esenciales de la vida, conviene poco á poco, y
á medida que avanza la estación, ir cambiando
los vestidos pesados del invierno por otros de
lana más ligeros; conviene asimismo hacer uso
de bebidas refrigerantes ácidas, absteniéndose
de las fermentadas; tomar baños generales ti-
bios, siquiera sea una vez por semana; pasear y
hacer ejercicios moderados; los gimnásticos or-
dinariamente ejecutados y la equitación son
muy saludables, y, por último, tomar frecuen-
temente un purgante ligero salino, como la sal
Sedlitz Chanteaud, tanto para refrescar como
para lavar el tubo intestinal.

Celso dijo: «Venus ex tempore anni tutissima
est»; sin embargo, los excesos siempre son per-
judiciales.

Las carreras

83.885 estudiantes

Hace algunos días publicamos un artículo
titulado *Carreras* y empleos en el que, como
recordarán nuestros lectores, lamentábamos
que muchos españoles aspirasen á hacer una
carrera para trabajar poco ó alcanzar un em-
pleo para no trabajar nada.

Hoy, acerca de las carreras, podemos dar
más datos que el otro día, confirmando, por
tanto lo que dijimos.

Tal fué el número de alumnos que, según
los últimos datos, cursaron en los diferentes
centros de enseñanza superior y profesional,
como son Facultades, Escuelas especiales é
Institutos, durante el curso de 1888-89.

Si después de esto estamos científicamen-
te atrasados no podrá en verdad decirse que es
porque nuestra juventud no tiene afición á las
aulas, ó al menos á los títulos académicos.

Descartando de ese considerabilísimo nú-
mero de estudiantes los que corresponden á la
segunda enseñanza, á las carreras especia-
les y Escuelas profesionales, quedan todavía
15.787 distribuidos entre las diferentes Facul-
tades Universitarias del siguiente modo:

Ciencias, 815 alumnos.—Filosofía y Letras,
768 id.—Farmacia, 1400 id.—Medicina, 3639
idem.—Derecho, 8980 id.—Notariado, 189 id.

Como se ve por este cuadro, la Facultad de
Derecho da más de la mitad del número total
de estudiantes que frecuentan las aulas de
nuestras Universidades. Las Facultades de
Ciencias y Filosofía y Letras dan también un
contingente que nos parece bastante excesivo
para las plazas que existen en el profesorado
público, pues el privado tiene al presente si-
tuación no muy desahogada.

El presupuesto total de gastos de los indi-
cados establecimientos ascienden á la suma de
9.584.366 pesetas, distribuidas del siguiente
modo:

Facultades, 3.166.097.—Enseñanza profe-
sional, 2.033.822.—Escuelas Normales, 994.050.
—Segunda enseñanza, 3.390.447.

Creemos estos datos de interés para nues-
tros lectores, pues si la estadística ha de dar
los resultados á que está llamada, no es cierta-
mente colacionando números en volúmenes
que nadie lea. A popularizar datos de esta in-
dole dedicaremos, pues, algún espacio, porque
esto nos hará conocer el estado de adelanto en
que se encuentra la instrucción pública.

Las Médulas

A mi distinguido amigo D. José Ramón Carreras Presa,
Cónsul de Turquía en la Coruña

CONCLUSION

Demasiado extenso se va haciendo ya el
relato de mi excursión por las Médulas, así es
que, en obsequio á la brevedad, le daré fin en
el presente número de EL FOMENTO, desde cuyas
columnas envío al director de dicho diario
salmantino, gracias á millares por la buena

acogida que dispensó á estos mal trazados ren-
glones. Pasaré, pues, en silencio todo aquello
que no tenga verdadero interés, y á grandes
rasgos describiré lo que de más importancia he
visto en el resto de aquel viaje.

Fueron inútiles todas las razones con que
quisimos persuadir al guía del error en que es-
taba creyendo que las hojas de aquellas plan-
tas acuáticas fuesen las verdaderas herraduras
del caballo de Roldán; era tal la terquedad
del mozo, que concluyó por enojarse al ver
que nos reíamos de sus necias convicciones.

Dimos fin á la conversación, y siguiendo la
interrumpida marcha á través de un terreno
perfectamente plano, aunque algo inclinado y
cubierto de grandes y redondas piedras, á eso
de la una y media llegamos á la *Peña Abe-
lleira*. (1)

No deja de ser notable la roca que lleva
este nombre, porque en ella existe una pro-
fundada calicata destruida en gran parte de su
entrada, de modo que el peñasco forma una
extensa techumbre de imponente aspecto; cau-
sa involuntario temor hallarse allí debajo, y
ver sobre la cabeza, á bastante altura, toda
aquella mole cuartada y amenazando un in-
mediato hundimiento. Este temor se aumenta
viendo las enormes piedras desprendidas que
yacen sobre el suelo.

Infinidad de abejas anidan en las grietas del
peñasco, y de esto ha tomado el extraño nom-
bre con que se le conoce.

Desde la *Peña Abeleira* hasta el lago de
Crucedo, se extiende un campo donde abundan
los conejos de monte, según más tarde supi-
mos, en menos de media hora llegamos á la
carretera de Orense, que en aquél sitio pasa
sobre una de las orillas del lago.

Entonces el mozo de Balonta se despidió
de nosotros, porque dijo tenía que ir á Caru-
cedo. No aceptó otra recompensa que un trozo
de jamón y un buen trago de vino.

Antes de separarse nos indicó el camino
que debíamos seguir, y nos enseñó los *sumide-
ros*, ó sea un desagüe subterráneo del lago,
que existe entre unas peñas al pié de la carre-
tera.

Siguiendo las indicaciones del guía, los
separamos de la carretera, y por un camino
que hay á orillas del lago, llegamos al canal
que sirve á este de desagüe. En dicho canal
es donde los vecinos de Lago, pueblo que ape-
nas dista medio tiro de fusil de aquél sitio, pes-
can en abundancia enormes anguilas y peces
de varias clases; hállase dividido y amojonado
con estacas, á fin de evitar contiendas entre
los pescadores, y además existe un reglamen-
to para que el derecho de pescar corresponda
á todos por igual. Pero no es allí únicamente
donde se pesca; muchos vecinos de los dos
pueblos que hay en las orillas, (2) poseen to-
cas barquichuelas, de forma muy particular,
con las cuales recorren el lago en todas di-
recciones y en los sitios que les parecen pro-
picios, sumergen lo que ellos llaman *armadijas*,
especies de nasas construidas con aros de ma-
dera y mallas de red; estas trampas no son
arrastradas al fondo ni se pierden, gracias á
un flotador de corcho á que van amarradas. Sue-
len colocarse por la tarde, y sus dueños las sa-
can á la mañana del día siguiente, cargadas
muchas veces de abundante pesca.

El pe-cado del lago suele ser de gran tama-
ño pero de poca estimación, á causa del sabor
á cieno que predomina en él. Los habitantes de
las orillas se dedican mucho á la pesca que
venden en los pueblos inmediatos, así como á
la caza de los patos, gallinas de agua y otras
aves acuáticas que en él abundan.

A causa del mucho fango, no pudimos va-
dear el canal por aquél sitio; buscamos otro
más á propósito, y al fin hallamos un pequeño
y rústico puente de piedra, que nos permitió
pasar cómodamente al otro lado.

Poco después atravesamos el pueblo de La-
go, pintorescamente situado sobre un pequeño
alto, desde donde se domina el lago en toda su
extensión, y el magnífico paisaje que ofrecen
sus orillas pobladas de árboles, Carucedo casi
enfrente, los barrancos de las Médulas que
parecen hallarse á un tiro de bala, y al fondo
de este cuadro, las elevadas crestas de la sierra
de la Guiana.

En breve dejamos atrás á Villarrando y la
Campaniana, pequeños pueblos en lo alto del
monte.

A eso de las tres de la tarde, nos apeamos

entre unos alcornoques, que á la izquierda de
camino había. Desde allí se divisaba aun á lo
lejos parte del lago de Carucedo, casi oculto
por los accidentes naturales del terreno.

El objeto de aquella parada no era otro que
el de darle un tiento á las *alforjas*. En efecto,
echamos mano de unas cuantas libras de car-
ne cruda, que habíamos llevado por si se nos
ocurría comer algo caliente, y yo me encargué
de asarla á estilo de mi país (República Argen-
tina), mientras que otro de mis amigos adere-
zaba una ensalada al pié de una fuente que no
lejos de allí había.

Satisfecho el apetito, seguimos nuestro
camino, cruzando aquel monte, que á pesar de
su áspera pendiente, traspusimos enseguida.
Desde este instante, se ofreció á nuestra vista
todo el magnífico valle del Bierzo, y el río Si
corriendo á nuestros piés, engrosado con las
aguas del Cua y del Burbia, cuyas confluencia-
s, á causa de hallarse muy próximas, forman
un vasto pedregal, que ocupan las aguas de los
tres rios cuando van crecidos.

Empezamos á descender con dirección al
pequeño pueblo de Peon, que allá abajo, sobre
la orilla del rio, se veía; pero al llegar próxi-
mamente á la mitad de aquel trayecto, el mozo
que con nosotros habíamos llevado para cuidar
las caballerías, nos hizo apartar del camino
como cosa de unos veinticinco pasos y nos en-
señó la entrada de una gruta natural, muy cu-
riosa según vimos después.

La entrada de la gruta está abierta en el
suelo en una roca; es de figura irregular y
bastante pequeña, pues tan solo permite el pa-
so de una persona á la vez.

Con el auxilio de dos ramales fuertes unidos,
atado sólidamente el extremo del cordel á
unas plantas leñosas que por allí crecían, un
tras otro bajamos sin inconveniente los
cuatro ó cinco metros que tiene de profundi-
dad aquella especie de pozo que da acceso á la
gruta.

Encendimos velas, y alumbrándonos con su
luz, avanzamos con cuidado temiendo cual-
quier accidente. El suelo, al principio de tierra,
se cambió á los pocos pasos en una piedra de
superficie muy lisa, sobre la cual era difícil
caminar, por lo expuesto que estábamos a res-
balar.

Hasta allí nada de particular hallamos, pe-
ro de pronto, al penetrar por una especie de ar-
cada natural, nos vimos dentro de una sala de
forma muy irregular y no muy grande, donde
quedamos sorprendidos ante la magnificencia
del decorado que por todas partes lucía.

Las desiguales y sinuosas paredes de aquel
antro aparecían revestidas de concreciones na-
turales, imitando vistosos tapices acanalados y
brillantes; del techo pendían verdaderos corti-
najes, que casi se dejaban atravesar por la luz
que difundían las velas, y en todos sentidos
cruzaban caprichosos festones formados por
infinidad de estalactitas cubiertas de pequeñas
y relucientes pretuberancias que quebraban de
mil maneras la luz, asemejándose á joyas cua-
dadas de diamante.

En algunos sitios, los conos invertidos de
aquellas estalactitas, adquirían grandes dimen-
siones; en otros formaban extensos y preciosos
flocos que se superponían en todas direccio-
nes, contribuyendo no poco á dar realce y ex-
plendor á todo aquel verdaderamente encanta-
dor conjunto de bellezas naturales.

¡Aquello parecía uno de esos palacios de hadas
con que suelen soñar las imaginaciones
fantásticas de los poetas!

El suelo, cubierto por espesa capa de aque-
llas concreciones, ofrecía muchas dificultades
para andar, porque á mas de ser muy desigual
y liso, estaba humedecido por las gotas de
agua que caían del techo, interrumpiendo con
su ruido al chocar contra el duro suelo, el se-
pulcral silencio que allí reinaba.

En muchos sitios se veían montones cóni-
cos más ó menos elevados que se alzaban del
suelo bajo las grandes estalactitas como dese-
ando juntar sus vértices con los de estas; en
otros puntos de la gruta, había preciosas co-
lumnas producidas por la unión de las estalac-
titas con sus correspondientes estalagmitas.

Una he visto allí derribada, cuyo grueso esce-
dia de una tercia, y en su forma afectaba la de
una columna salomónica.

En mas de media hora que hemos permanecido
en la gruta, la recorrimos en todos sen-
tidos. No es muy grande, pero tiene varios
rincones donde la decoración no puede ser mas
sorprendente ni mas bella. También hemos vi-
sto dos ó tres estrechos agujeros por donde

á penas pasaría un perro, y quizás tras ellos
existan salones tanto ó más espléndidos como
aquel.

Las cuatro y media serían cuando nos dis-
pusimos á salir de aquella preciosa cueva, pe-
samos por no poder permanecer en ella más
tiempo admirando aquella maravilla (de la na-
turaleza, pues se hacía tarde para regresar á
Cacabelos con aquel día.

Como recuerdo de aquella agradable visita
á la gruta de Peón (así la llamo por hallarse
cercana al pueblo de este nombre), recogimos
gran cantidad de las más preciosas estalactitas
que repartimos entre todos con escrupulosa
exactitud, y después de dirigir á aquél cuadro
de belleza una última mirada de despedida, sa-
limos á la superficie del monte por el mismo
agujero que nos había servido para bajar.

Cuando por fin nos vimos al aire libre, nos
pareció que respiráramos con mas desahogo,
como si saliésemos de un pesado sueño.

Al salir bruscamente de la oscuridad en
que esta sumida aquella gruta, á la luz del día,
impresiona agradablemente nuestra alma este
contraste, y al pronto, el recuerdo de lo que se
acaba de ver aparece confuso como si todo
aquello se hubiese soñado.

¿Para qué seguir adelante este relato? Nada
mas que sea digno de consignarse hemos hallado
durante el regreso á nuestras casas, á don-
de llegamos sanos y salvos aquel mismo día
después de haber oscurecido.

Pongo, pues, punto final á mi tarea, rogando
á todos los lectores de este diario que han
tenido paciencia suficiente y demasiada bondad
para leer hasta el fin los desaliados renglones
que preceden, me perdonen las muchas incor-
recciones que contienen, hijas de mi escasa
aptitud para estos trabajos, y en especial, su-
plico á mi querido amigo, el ilustre conchilió-
logo y Cónsul de Turquía D. José R. Carreras,
á quien van dedicados, me dispense el que no
haya podido cumplir mejor el ofrecimiento que
hace ya tantos meses le tenía hecho de escri-
bir mi viaje á las Médulas, comarca digna de
ser descrita por plumas mejor cortadas que la
mia.

FIN

Cacabelos 1.º de Mayo de 1891.

JOSÉ CASTAÑO POSE.

Ayuntamiento

No á las siete y media como está acordado
sino á las ocho corridas, dió principio la sesión
celebrada por la corporación municipal el
miércoles último, asistiendo á ella los concejales
Sres. Petit, Valhondo, López Perez, Nuñez,
Pierna, Cáceres, Pollo y Veira.

Presidió el Alcalde Sr. Prieto.
Después de leída y aprobada el acta de la
sesión anterior, fué aprobado un informe de la
comisión de Hacienda concediendo 80 pesetas
de gratificación á los cabos del resguardo de
consumos.

Se dió lectura y pasó á la comisión corres-
pondiente, un oficio del comisionado en Lina-
res para la recaudación de los fondos del Pósito,
pidiendo 75 pesetas como anticipo para gastos.
Se leyó otro oficio del Sr. Arquitecto mu-
nicipal presentando el plano de las calles del
Navio, Sánchez Barbero y Poeta Iglesias,
acordando la corporación se anuncien al públi-
co para oír reclamaciones, con arreglo á ley.

Después se dió cuenta de varios asuntos de
escaso interés que pasaron á las comisiones
respectivas y se aprobaron varias licencias para
ejecutar obras; pero al darse cuenta del
dictamen de la comisión proponiendo de acuer-
do con el Sr. Arquitecto, la concesión de la
oportuna licencia á D. Candido Torres, para
construir de nueva planta una casa en la calle
de Toro, el Sr. Veira solicitó que el asunto
quedara sobre la mesa hasta otra sesión para
examinar con detenimiento el asunto, toda vez
que notaba algunas omisiones y faltas.

Aunque la cosa parecía á primera vista tan
sencilla no dejaba de tener su intrincado y el
Sr. López Perez debió comprenderlo así, toda
vez que salió á plaza, oponiéndose á la preten-
sión del Sr. Veira, por creer, y así era en efec-
to, que no existía fundamento alguno para
ello, y porque lejos de entorpecer las obras, el
Ayuntamiento debía facilitar su ejecución con
objeto de que á los obreros no les faltase tra-
bajo.

Mucho insistió el Sr. Veira para conseguir
su propósito, siendo su argumento *Aquiles* el
que el plano presentado venia en escala de uno
cientos en vez de uno cincuenta, pero no tenía
vuelta de hoja lo que el Sr. López Perez afir-
maba que fuera una, fuera otra la escala adop-
tada, no por eso dejaban de apreciarse con
idéntica exactitud las alturas y demás dimen-
siones del edificio en proyecto.

Si la cosa estaría clara, que puesto á vo-
tación el asunto *todos los concejales* votaron en
contra del Sr. Veira.

(1) *Peña de las Abejas.*

(2) Lago y Carucedo.

